

...sus primeras versiones de esa concepción e incorporó a su repertorio de temas, donde el de Pablo y la mujer sustituyó la puso sobre su pecho, como después la de Pablo y la mujer sustituyó sobre su pecho. Después las manos sin, desafiando un poder muy importante en sus novelas, miraban, pero su mirada era fuerza. Sus ojos hundidos los miraban, pero su mirada era lejana, venía de allá abajo, de algún hoyo profundo y oscuro. Suspiro oprimiendo sobre su pecho con más fuerza las manos de los dos jóvenes. ... (IV: 753b)

Los gestos de la agonizante hablan de renunciación, de aceptación de su desaparición y sustitución por la otra al lado del señorito. Se trata, ciertamente, de una aceptación de una situación sobre la cual Marianela no tiene control (como es la atracción mutua y unión de dos jóvenes sanos y hermosos) de modo que hay un caudal de resignación patética y amor hacia ambos en la acción convencional del juntar sus manos sobre su pecho y, por lo tanto, de deseos implícitos de bienestar y felicidad matrimonial en el futuro. El "testamento" de que hablan sus gestos parece ser uno de vida en la que, en último término, la sacrificada no tiene parte y así lo sabe y acepta.

Peter Brooks termina su análisis de otro final misterioso que incluye muertes casi incomprensibles con la indicación de que, "For men in the post-sacred universe, the mimesis of sacrifice no longer has clear referents. With the loss of sacred symbolism, only the uncertain constructions of dramatic metaphor remain".<sup>10</sup> Me parece que otro tanto podría decirse de este amargo texto galdosiano y la extraña metáfora dramática que nos ha legado, así como de los dos paneles laterales que completan este tríptico de sacrificio.

Estas tres novelas que comparten la misma configuración narrativa en sus finales se ubican dentro del contexto más amplio de la concepción decimonónica, heredada del romanticismo, del amor ideal (por la patria, por otro ser humano) vivido como devoción desinteresada y sacrificio de sí mismo. Las novelas de Balzac, Dickens, George Eliot, Victor Hugo y otros, proveen ejemplos abundantes; el folletín y el melodrama se ocuparon de darle difusión mayor, entre públicos de todas las estratas sociales. En este tríptico de 1877-78 Galdós en-

<sup>10</sup> *The Melodramatic Imagination: Balzac, Henry James, Melodrama, and the Mode of Excess* (Yale University Press, 1976), p. 107.

A Julia Ramos

Lo que Sarmiento no ve ni que simboliza y hereda  
está en una página más, como Sarmiento escribió

## LA ESCRITURA ORDENADORA: EL ENSAYO DECIMONONICO LATINOAMERICANO

...la forma  
...como crítica  
...de las formaciones espirituales con una  
...de lo que con un su concepto, el ensayo  
...de la forma?

MARÍA ELENA RODRÍGUEZ CASTRO

El ensayo como crítica pero también como invención de la ideología. Cada cultura posee un cierto número de tipos discursivos que funcionan como un sistema de principios clasificatorios de rasgos estructurales e informativos. Al analizar un discurso sobre otro, permitimos que una ideología se manifieste y se manifieste a partir de esa textualidad. La forma abierta y expositiva del ensayo que lo habilita para otros géneros, a las interferencias y modificaciones del contexto situacional, también lo habilita como instrumento de reflexión polémica y de la propia escritura. MARÍA ELENA RODRÍGUEZ CASTRO es profesora de la Universidad de la Habana en el Departamento de Literatura Comparada. Obtuvo su Licenciatura en la Universidad de Princeton. Ha recibido honores póstumos por su trabajo en la Fundación de la Ford Foundation Program y de la Ford Foundation. Ha publicado artículos en revistas como la *National Anthropology* y la *Fractal*. Ha escrito libros de poemas y cuentos y tiene a su haber numerosas publicaciones en revistas de servicios académicos y de servicios académicos.

LA ESCRITURA ORDENADORA:  
EL ENSAYO DECIMONONICO  
LATINOAMERICANO

MARÍA ELENA RODRÍGUEZ CASTRO

MARÍA ELENA RODRÍGUEZ CASTRO actualmente se desempeña como profesora en el Departamento de Literatura Comparada. Obtuvo su Doctorado en la Universidad de Princeton. Ha recibido importantes premios (por ejemplo, la Mención Honorable de la Ford Foundation Program) y becas. Su experiencia pedagógica incluye universidades como la Nacional Autónoma de México y la de Princeton. Ha ofrecido diversas ponencias y conferencias y tiene a su haber numerosas publicaciones en revistas, así como experiencia administrativa y de servicios académicos.

abierta del ensayo la ha desarrollado Theodor Adorno. Como el  
orden en la lengua de los conceptos no es una cosa en sí misma  
insuperable a su vez de las relaciones de las cosas. El ensayo  
no apunta a una construcción de una realidad que sea más  
ductiva.<sup>4</sup> Adorno insiste también en la discontinuidad de su  
forma, la cual "... encuentra su unidad a través de las rupturas  
no intentando taparlas."<sup>5</sup> Esa unidad se obtiene en la coordi-  
nación de sus elementos, en un ordenamiento que se da en  
el texto y se manifiesta en la reflexión. Como dice el propio  
Adorno: "El ensayo es un género de escritura que se caracteriza  
por su estructura abierta y su forma discontinua. Entre la voluntad  
de la verdad y la necesidad de la forma, el ensayo encuentra  
su unidad en la coordinación de sus elementos."<sup>6</sup>

A Julio Ramos

Lo que Sarmiento no vio es que civilización y bar-  
barie eran una misma cosa, como fuerzas centrífu-  
gas y centrípetas de un sistema de equilibrio.  
(Ezequiel Martínez Estrada, *Radiografía de la  
Pampa*).

El ensayo es lo que fue desde el principio: la forma  
crítica por excelencia, y precisamente como crítica  
inmanente de las formaciones espirituales con con-  
frontación de lo que son con su concepto, el ensayo  
es crítica de la ideología.  
(Theodor Adorno, "El ensayo como forma")

El ensayo como crítica pero también como invención de la ideología. Cada cultura posee un cierto número de tipos discursivos que funcionan como un sistema de principios clasificatorios de rasgos estructurales e informativos. Al privilegiar un discurso sobre otro, permitimos que una ideología se constituya y se manifieste a partir de esa textualidad específica. La forma abierta y expositiva del ensayo que lo habilita, más que a otros géneros, a las interferencias y modificaciones de su contexto situacional, también lo habilita como espacio preferente de la reflexión polémica y de la propuesta pública. También como un espacio gestador de retóricas personales y colectivas, práctica que en América Latina se tradujo en la escritura de lo criollo por la *intelligentsia* liberal del XIX y la escritura de la nación en el ensayismo culturalista de las primeras décadas del XX. En las próximas páginas me detengo a examinar un ideograma clave de esa inscripción: la dicotomía

barbarie y civilización, un código articulador del ensayismo latinoamericano, inseparable a su vez de las relaciones de saber y poder que rondan esos discursos.

### *La escritura ordenadora*

¿Dónde empiezan y terminan las fronteras del ensayo? ¿Cómo dialoga con su objeto de reflexión? ¿Cuál es el pacto de lectura que establece con sus destinatarios? Entre la voluntad de verdad de la ciencia y la expresividad de la literatura el ensayo es una forma híbrida y abierta que, lejos de agotar su objeto con definiciones, lo expone mediante la interpretación activa.<sup>1</sup> De acuerdo con esos rasgos diferenciales, la impureza de su forma es la que le otorga su identidad constitutiva. Desde ella se apropia de las funciones de los discursos en cuyos límites traba su autonomía:

Science affects us by its content, art by its forms: science offers us facts and the relationships between facts, but art offers us souls and destiny.<sup>2</sup>

Como los discursos objetivos, el ensayo toma como pretexto una formación concreta, una entidad que le precede, para la exposición de problemas conceptuales; pero, como en el arte, su significación sólo es dable a partir de la imagen.<sup>3</sup> Si, por lo tanto, la inscripción y desciframiento de su sentido pertenece al orden de los símbolos, el ensayo es literatura, pero aquella que se resiste permanentemente a la clausura interpretativa. Su origen es, pues, la lectura de otros textos o del mundo, pero su finalidad es proponer otras lecturas posibles. Ese carácter

<sup>1</sup>Para un análisis a fondo sobre las propiedades del género ver los siguientes trabajos: George Luckács, "On the Nature and Form of the Essay" en *Soul and Form* (Cambridge: MIT Press, 1974) y Theodor Adorno, "El ensayo como forma", en *Notas de literatura* (Barcelona: Ariel, 1972).

<sup>2</sup>G. Luckács, *op. cit.*, p. 3.

<sup>3</sup>Luckács enfatiza el acto simultáneo de la creación de la imagen y su sentido: "... the separation of image and significance is in itself an abstraction, for the significance is always wrapped in images and the reflection of a glow from beyond the image shines through every image". *Ibid*, p. 5.

abierto del ensayo lo ha destacado Theodor Adorno: "Como el orden sin lagunas de los conceptos no es uno con el ente, el ensayo no apunta a una construcción cerrada, deductiva o inductiva."<sup>4</sup> Adorno insiste también en la discontinuidad de su forma, la cual "...encuentra su unidad a través de las rupturas, no intentando tapanlas."<sup>5</sup> Esa unidad se obtiene en la coordinación de sus elementos, en un ordenamiento que obedece en gran medida a su voluntad de superar las rupturas, en la búsqueda subjetiva de lo que Luckács llama "...longing for value and form, for measure and order and purpose."<sup>6</sup>

En ese proceso el ensayo siempre deja algo afuera, excluido o ignorado, en la tensión que se ejerce entre el método expositivo y lo expuesto, entre su voluntad de verdad y la valoración a la que somete su material. Valoración ejercida desde un sujeto enunciante que se enfrenta y reordena su experiencia, ya sea social, personal o estética, dejando las huellas de su intervención constantemente en el texto.<sup>7</sup> Su lugar en el discurso condiciona los mecanismos de producción y de anticipación de efectos de un modo más directo y visible que en otros géneros literarios donde la fuente de enunciación se incorpora y se transforma en los mecanismos de ficcionalización.<sup>8</sup> También se distancia del discurso científico que auspicia el borramiento del punto de enunciación a favor de una autoridad que lo traspasa y que se confiere desde la investigación o de los documentos. Pero el ensayista se sujeta, también, a los dispositivos narrativos que organizan la escritura expositiva. Al igual que las series informativas incorporadas res-

<sup>4</sup>T. Adorno, "El ensayo como forma", *op. cit.*, p. 19.

<sup>5</sup>*Ibid*, p. 27.

<sup>6</sup>Luckács, *op. cit.*, p. 17.

<sup>7</sup>El lugar del escritor en el ensayo se distancia de la idea de Foucault sobre la autoría como una función transdiscursiva. Es más que un vehículo transparente y ocasional de su texto y su presencia desborda las marcas gramaticales que lo localizan testualmente: pronombres, adverbios circunstanciales y la conjugación verbal. Desde sus primeras manifestaciones con Montaigne este género ha buscado preferentemente la inscripción del yo. Ver "What is an Author?", *Partisan Review*, vol. 42, 1975.

<sup>8</sup>Sobre este tema ver Susana Reisz de Rivarola, "Ficcionalidad, referencia, tipos de ficción literaria" en *Lexis*, Vol. III, Núm. 2 (diciembre de 1979).

ponde a las exigencias del diseño ordenador que pasa por el sujeto y lo fija, pero sin detenerse en él.

En esa escritura de estructura abierta, pero de voluntad ordenadora, el diseño de la historia y de la cultura criolla que fabularon los letrados del XIX encontró su marco discursivo ideal. Mientras Adorno se lamentaba de su desprestigio en Alemania como producto ambiguo, por su ausencia de una tradición formal convincente y por su preocupación por lo contingente, en América Latina, cuya reflexión intelectual no se dirigió tanto a los problemas de lo universal permanente sino a objetos específicos, el ensayo expresaba lo que Zum Felde llama "... la historicidad americana concreta."<sup>9</sup> A diferencia de otras sociedades donde el ensayismo se vinculó a problemas estéticos o filosóficas, y a la reflexión personal, en América se orientó hacia la esfera pública. Desde el saber pragmático que practicaron hombres de letras y armas como lo fueron Bolívar y Sarmiento en el siglo XIX hasta los defensores de la cultura nacional de principios del veinte, desde Rodó hasta Pedreira, el ensayo fue la constante que dominó la escritura pública. La historia de esa ensayística remeda, en gran medida, la de su forma, oscilante entre la subjetividad del arte y la objetividad de la ciencia, abierta y discontinua ante los cambios y transformaciones del pensamiento y la práctica de los letrados que la cultivaron. Hecha de rupturas, pero también de líneas de continuidad. Subordinada a un diseño que coordinó sus series significantes la ensayística latinoamericana es, ante todo, la reescritura incesante de esa enorme ficción homogeneizadora que es América. Pero como toda ficción, y sobre todo aquella que privilegia la inscripción de orígenes como su eje central, la escritura ordenadora es un espacio de inclusiones y exclusiones, de jerarquías y de series coordinadas y subordinadas en el cual el código barbarie y civilización sería uno de sus grandes mitos unificadores. Pero también es un mito incitador a un enfrentamiento crítico que

<sup>9</sup>Alberto Zum Felde, "El ensayo y la crítica" en *Índice crítico de la literatura hispanoamericana* (México: Editorial Guaranía, 1954), p. 7. A mi juicio éste sigue siendo el mejor estudio crítico sobre el ensayismo latinoamericano. También es valioso el estudio de Robert Mead y Peter Earle, *Historia del ensayo hispanoamericano* (México: Ediciones de Andrea, 1973).

deconstruya las retóricas y las estrategias discursivas que habían configurado y validado tal ilusión homogénea y totalizante.

### *La escritura criolla*

Para los intelectuales del siglo XIX, "luchadores y constructores, herederos de Bello y de Heredia, de Sarmiento y Mitre, hombres que solían ver en la literatura una parte de su servicio público", como los caracterizara Henríquez Ureña, la idea de civilización fue inseparable de la idea de cambio y progreso.<sup>10</sup> Pero ese proyecto sólo era posible borrando los signos de la barbarie, condición indispensable de ese momento fundacional. La otredad americana se montó sobre dicha oposición, poniendo en funcionamiento una alegoría maniqueísta que, al postular y separar simultánea y tajantemente los signos diferenciales, instituían las diferencias a la vez que postulaba una identidad.<sup>11</sup> Lo americano era en gran medida lo que no era lo americano, porque lo americano recién empezaba a hacerse. En el imaginario criollo dos operativos cercaron los discursos: cerrar y olvidar un pasado que se estimaba infame y corruptor, y representar a América como una tierra nueva donde los años de coloniaje fueran sustituidos y purificados por la infancia histórica de los pueblos americanos. "El nuevo mundo es nuestra patria y su historia es la nuestra", reclama el primer texto de la identidad americana, la "Carta a los españoles americanos" del jesuita Juan

<sup>10</sup>En *Las corrientes literarias en la América hispánica* (México: FCE, 1878), p. 155.

<sup>11</sup>Abdul R. JanMohamed la describe como un sistema condos series opuestas: "...a field of diverse yet interchangeable oppositions between white and black, good and evil, superiority and inferiority, civilization and savagery, intelligence and emotion, rationality and sensuality, self and Other, subject and object." En "The Economy of Manichean Allegory: the Function of Racial difference in Colonialist Literature", *Critical Inquiry*, Vol. 12, núm. 1 (autumn 1985), p. 63. Un sistema que le confiere a la cultura dominante un rol moral de protección y responsabilidad que legitima aún más su función social.

Pablo Viscardo en 1772.<sup>12</sup> Pero, ¿quiénes somos *nosotros*?, ¿quiénes son los verdaderos americanos? y ¿quién escribe “nuestra historia”? Esa pluralización del sujeto americano, ¿responde a una estrategia de inclusión o de exclusión?<sup>13</sup> Y en cualesquiera de los casos, ¿quiénes son *ellos*, el espejo, la imagen alterna de la cual se distinguen? En la infancia americana, ¿cuáles son las figuras tutelares que conducirán la marcha civilizadora? La contestación a estas preguntas asume en los ensayos más representativos de esta serie la forma de una disputa familiar en la que los hijos ilegítimos de la colonia —España se representa en muchos de estos ensayos como la madrastra— son los hijos legítimos de la independencia. Los criollos se proclaman los actores de ese proceso. También sus escribientes. Así pueden reclamar el poder moral e intelectual para hacer la nación tanto en el orden político como en el orden de los signos. *Nosotros* somos los criollos se lee entrelíneas en la afirmación del Padre Viscardo. Y, *ellos*, son los que están fuera de ese *nosotros* excluyente y exclusivo: España, pero también las comunidades indígenas originarias así como los esclavos o sus descendientes en las Antillas. Veamos como se articula esta doble distinción en algunos textos.

Simón Bolívar, lector de Viscardo, desarrolla en varios de sus textos los conceptos antes mencionados. “Juramento a Roma” (1805) es una reflexión sobre la civilización imperial,

<sup>12</sup>En “Carta a los españoles americanos” (1792), incluida en *Pensamiento político de la emancipación*, ed. de José Luis Romero (Caracas: Editorial Ayacucho, 1977), p. 51.

<sup>13</sup>Es importante destacar el uso pronominal en los discursos nacionales, indicadores jerárquicos y de lugar. Emile Benveniste estudia las relaciones de oposición y diferenciación entre lo que él llama los pronombres personales (yo/tú) y el no-personal (él). Los primeros son específicos pero intercambiables en una situación de discurso; el segundo no tiene identidad constitutiva y puede designar nada o nadie. Admite el plural, a diferencia de las formas personales que se amplifican. Nosotros puede ser de tipo inclusivo (yo/ustedes) o exclusivo (yo/ellos) siendo yo el elemento dominante. Propongo que ambos usos coexisten en estos discursos: un uso inclusivo (los miembros legítimos de la casa) y un uso exclusivo (estrategia de incorporación, que es a su vez una táctica de subordinación). Ver “Relaciones de persona en el verbo” en *Problemas de lingüística general* (México: Siglo XXI, 1976), pp. 161-171.

cuna de grandezas y miserias, pero no de la libertad. Esa hazaña queda reservada para el Nuevo Mundo. Ya en “Carta de Jamaica” (1815) esa utopía americana se traduce en un programa concreto. La epístola, una escritura privada, es el vehículo de la intención pública que propone el nuevo pacto colonial para “...un país tan inmenso, variado y desconocido como el Nuevo Mundo”.<sup>14</sup> América es un país en gestación y los americanos son “un pequeño género humano”.<sup>15</sup> Sin pasado actualizable —España es la “desnaturalizada madrastra” y la experiencia colonial no fundó un linaje, “no somos indios ni europeos”— su futuro es conjetural. Y mientras busca un padre ilustrado en la Europa racional y comercial elabora un discurso paternalista para sus propios habitantes. Ese es su nuevo contrato social: “Los estados americanos han menester de los cuidados de gobiernos paternos que curen las llagas y las heridas del despotismo y de la guerra”.<sup>16</sup>

Los polos de civilización y barbarie se definen con mayor nitidez: en un lado “los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles”; en el otro “la Europa civilizada, comerciante y amante de la libertad” y “nosotros” que siendo, “americanos por nacimiento y nuestros derechos los de Europa, tenemos que disputar éstos a los del país y que mantenernos en él contra la invasión de los invasores.”<sup>17</sup>

Es notable que en la configuración de ese sujeto criollo, que insiste en su originalidad y su homogeneidad, se evidencia la ausencia de un discurso criollo regulador de sus sistema de referencias. Por ejemplo, ¿cuáles son las autoridades que convoca Bolívar? La Leyenda negra del Padre Las Casas y el aparato erudito moderno y científico de Humboldt: la defensa de América y su descripción desde el saber europeo. Por otro lado, los intertextos se identifican de inmediato y ya apuntan a una de las condiciones del discurso americano: su sincretismo. La infancia, madurez y decadencia de los pueblos remiten a la lectura del “Prólogo” a *Cromwell* de Víctor Hugo,

<sup>14</sup>Cito de la edición e la UNAM (México: Cuadernos de Cultura Latinoamericana, 1978), p. 9.

<sup>15</sup>*Ibid.*, p. 17.

<sup>16</sup>*Ibid.*, p. 24.

<sup>17</sup>*Ibid.*, p. 17.

considerado el más importante manifiesto romántico. Las marcas de *El contrato social* de Rousseau, su violación por parte del imperio y la posibilidad de América de regenerarse de la infamia, también están presentes. Y ambas lecturas coinciden en ese discurso igualmente en gestación, como la realidad de la cual es su metatexto, con los emblemas de la Ilustración. De un lado las tinieblas, las cadenas, la esclavitud; del otro la luz, la razón y el saber iluminista y universal. América la fundan los discursos, y estos pertenecen a una élite criolla que, al menos en el siglo XIX, también funda su destino. Híbridos unos —“no somos indios ni europeos”— sus discursos se le parecen.

En las próximas décadas esos hombres de letras y armas irán enriqueciendo el archivo criollo del cual el binomio barbarie-civilización será inseparable. Domingo Faustino Sarmiento lo definirá en términos de campo/ciudad; atraso/civilización: siendo el segundo, término intercambiable y equiparable a la ciencia, la técnica, la prensa. Tampoco olvidó el componente social. Al gaucho enfrentó el criollo y al criollo el inmigrante. Para el chileno Andrés Bello la resolución al dilema que planteaba Sarmiento, “De eso se trata, de ser o de no ser salvaje”, se encontraba en la paz pública y el orden legal.<sup>18</sup> Defendió el buen gobierno y el fortalecimiento de las instituciones civiles, notablemente el castellano como modo de comunicación y fraternidad entre las naciones de origen español. Pero se cuidó de advertir sobre “la amenaza de multitud de dialectos irregulares, licenciosos bárbaros, embriones de idiomas futuros que estorbarían la difusión de las luces, la administración del estado y de las leyes, la unidad nacional”.<sup>19</sup> El castellano, la lengua del imperio, como la llamó el propio Nebrija, era el fortín de resistencia ante la avanzada de los hablantes de esa “multitud de dialectos irregulares” que amenazaban la unidad nacional, la unidad criolla.

En el contexto caribeño del XIX el debate sobre la identidad americana y el debate de la independencia nacional caminaron juntos. Los textos de Eugenio María de Hostos y José Martí,

<sup>18</sup>Introducción al *Facundo* (México: Nuestros clásicos, UNAM, 1972), p. 31.

<sup>19</sup>Andrés Bello, “Prólogo”, *Gramática de la lengua castellana al uso de los americanos* (Paris: Andrés Blot, 1925), p. IV?

entre otros, rinden cuenta de su complejidad. En “El problema de Cuba” (1874) Hostos —muy cercano al positivismo y al krausismo español, y amparándose en la razón y la ciencia— insiste sobre el carácter regenerativo de América. Para el caso cubano dos obstáculos, efectos del pasado colonial se interponen, la cuestión racial y la educación moral e intelectual de la sociedad cubana. La cuestión racial fue el argumento más contencioso de ese debate. Si bien la independencia de la Isla se ha comprometido con la abolición de la esclavitud se advierte que:

...la ignorancia absoluta; la total incapacidad con que empezarán a ejercer sus funciones de hombres libres; las afinidades de raza... determinarán necesariamente, un malestar social, que de las aptitudes políticas de la población restante dependerá que se limite a un mero conflicto político o que estalle en una contienda de razas.<sup>20</sup>

La firme defensa que hizo Hostos de la abolición de la esclavitud no excluye esa preocupación por el “malestar social”. Las Antillas se le presentan, como a otros letrados criollos de su siglo, como un mundo esclavista marcado por la violencia. No sorprende, por lo tanto, que inclusive el imaginario que representa la situación colonial se exprese en imágenes afines:

Esclavos azotadores de esclavos, todo, absolutamente todo cuanto constituye la dignidad del ser humano lo perdimos en la tarea secular de vengar en la espalda de nuestro siervo los latigazos con que nuestro amo nos mortificaba el alma... Esclavos blancos que sabían explotar o cantar su esclavitud; esclavos negros que la sufrían y la lloraban; dominadores hambrientos que necesitaban de ella para retirarse ahítos; *esa es la sociedad de Cuba y Puerto Rico*.<sup>21</sup>

¿Quién entonces es capaz de llevar a cabo la regeneración de Cuba, de enfrentar la doble barbarie de la dominación imperial y del caos que pueden desatar los “elementos anárqui-

<sup>20</sup>En “El problema de Cuba”, *Textos* (México: Secretaría de Educación Pública, 1982), p. 35.

<sup>21</sup>*Ibid*, pp. 35-36 (énfasis mío).

cos en cuanto masas inconscientes"?<sup>22</sup> ¿Quiénes somos nosotros? Para Hostos la respuesta es:

...aquella parte de la sociedad cubana que por origen, estado económico, moral e intelectual, está comprometida a dirigir y consumir la reconstrucción y la reorganización de la sociedad entera.<sup>23</sup>

Los criollos, por supuesto. Su regeneración es, para Hostos, una educación integral, racional y universal que permita superar los obstáculos de la diversidad racial y del estado mental en Cuba.<sup>24</sup> Pero, para Martí, y aproximadamente para la misma fecha en que escribe Hostos el ensayo citado, la solución es la guerra.

En 1873, el año que España celebra su primera república se publica "La República española ante la Revolución cubana". En esa ocasión Martí no se dirige, como lo hacía Hostos en el caso anterior, a los emigrantes cubanos y los países americanos, sino a los liberales españoles. Hacía cinco años que había comenzado la Guerra de los diez años, liderada también por liberales, pero criollos. Hasta ahí la analogía. El texto se encarga ahora de subrayar las diferencias. No es lo mismo la república española que la cubana porque la primera todavía se sostiene con los signos de la barbarie: "España ha llegado

<sup>22</sup>*Ibid.*, p. 35.

<sup>23</sup>*Ibid.*

<sup>24</sup>La solución hostosiana es una en una larga cadena que integró prácticamente a toda la *intelligentsia* criolla del siglo pasado hasta el presente. En Cuba, por ejemplo, se puede trazar desde los primeros textos de Francisco de Arango y Parreño —*Discurso sobre la agricultura de La Habana y medios para fomentarla* (1792)— hasta Azúcar y población en las Antillas (1937) de Ramiro Guerra y Sánchez. En esa larga serie varios elementos se mantendrían invariables: la amenaza de los "estados negros" —en el XIX Haití, en el XX Barbados—; la necesidad de blanquear la sociedad cubana —de ahí el subtexto implícito de muchos de los discursos anti-esclavistas de letrados como Félix Varela y de José Antonio Saco sobre la exportación y/o la educación de los negros—; y como ha estudiado cuidadosamente Arcadio Díaz Quiñones y Antonio Benítez Rojo, la relación entre azúcar, letras y nación. Del segundo ver "Azúcar, poder y literatura" y "De la plantación a la plantación", incluidos en *Cuadernos Hispanoamericanos*, Núm. 451-452 (enero-febrero, 1988).

tarde; la ley del tiempo la condena."<sup>25</sup> Hay que clausurar un pasado compartido, deshacer toda relación de parentesco. La "desnaturalizada madrastra" de Bolívar alcanza su expresión límite, su total negación. No hay lazos que romper porque no hay lazos:

Y no viven los cubanos como los peninsulares viven; no es la historia de los cubanos la historia de los peninsulares... De distinto comercio se alimentan, con distintos países se relacionan, con opuestas costumbres se regocijan. No hay entre ellos ambiciones comunes ni fines idénticos, ni recuerdos amados que los unan.<sup>26</sup>

El orden del título se invierte. Son las Antillas las que juzgan la metrópoli. El derecho a la guerra funda la nación. La violencia, regeneradora y necesaria, es la letra americana: "Mi patria escribe con sangre su solución irrevocable".<sup>27</sup> La urgencia histórica de ponerse a la altura de los tiempos —"Cuba quiere ser libre... como los pueblos de la América del Sur"— legitima la revolución.<sup>28</sup> Con ese gesto el destinatario inicial también se invierte. Se habla a las naciones libres de América, a cuya comunidad Cuba quiere ingresar.

Para esa comunidad Martí suprime los gestos de la barbarie. Aspira a la construcción armónica de la patria, a la nación como un espacio libre de contradicciones. Un lugar que no niega, sino que afirma los lazos de parentesco, donde los "amigos de la independencia antillana" puedan reunirse alrededor de la mesa fraternal:

La mesa misma, con el héroe a la izquierda y el tesoro a la derecha, con el cajista escritor frente al abogado revolucionario, con el jornalero del tabaco al lado del jornalero de la medicina, con el título de París cerca del criollo recién llegado, con el

<sup>25</sup>En *Obras completas* I. (La Habana: Editorial Nacional de Cuba, 1963), p. 93.

<sup>26</sup>En "La República Española ante la Revolución cubana", *Ibid.*, p. 94.

<sup>27</sup>*Ibid.*, p. 91.

<sup>28</sup>*Ibid.*, p. 91.

recluta centelleante, que ahorra el rifle de su sueldo, junto al maestro de armas, fino y seguro como su florete...<sup>29</sup>

Esa extendida y criollísima familia antillana se expande aún más en la gran familia americana reunida en "Nuestra América", el conocido ensayo de Martí de 1891. Aquí se pretende abolir no sólo la idea de la barbarie sino el propio binomio que la contiene: "No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza".<sup>30</sup> Para Martí aquí el contrato social americano se ha cumplido:

El hombre natural es bueno y acata y premia la inteligencia superior, mientras ésa no se vale de su sumisión para dañarle o le ofende prescindiendo de él.<sup>31</sup>

Aún más. En este ensayo la letra pretende vencer la realidad, someterla al designio de sus signos. Martí declara: "No hay odio de razas porque no hay razas".<sup>32</sup>

Bolívar escribió desde el vacío de los discursos criollos. Del libro europeo seleccionó arbitraria, pero intencionalmente, las páginas que lo asistieran en el diseño del destino americano. Su historia conjetural se fue llenando de imágenes: gestas, personajes, y emblemas, que fueron fundando la memoria criolla. Otros fueron perfeccionando ese archivo que mantuvo celosamente muchas de sus premisas originales. Cuando llegue a Martí sus tensiones eran ya insostenibles. Al cerrarse ese siglo, que inauguró Bolívar, los criollos no eran un sector emergente disputándose el territorio nacional con la antigua metrópoli, sino un sector que se había consolidado y que disfrutaba su hegemonía, pero alerta nuevamente ante los signos de la barbarie que Martí trató inútilmente de cancelar. Lo único que ahora los términos del binomio habían redimensionado sus referentes.

<sup>29</sup>En "¡Vengo a darte patria! Puerto Rico y Cuba", en *Obras completas*, op. cit., p. 61.

<sup>30</sup>De "Nuestra América" en *Prosa y poesía* (Buenos Aires: Editorial Kapelusz, 1968), p. 125.

<sup>31</sup>*Ibid.*

<sup>32</sup>*Ibid.*, p. 132.

### La escritura, de lo nacional

Los nuevos letrados entran al siglo veinte marcados por una doble experiencia social generadora de otros *nosotros* y otros *ellos*: el control político y económico del Caribe hispánico por Estados Unidos, "el padrastro rico y emprendedor"; y la emergencia de las masas de trabajadores semirurales, industriales y de servicio que requiere la nueva organización del capital, "ese lote obrero y burocrático".<sup>33</sup>

También sus discursos de identidad se habían reorientado. En el XIX se trataba de la definición de lo americano. En ella se privilegiaba la inscripción de la figura del criollo como el eje central de la escritura letrada, postulándolo como el sujeto americano por excelencia. Pero ahora la utopía americana se encauzaba a las formaciones nacionales, las casas particulares de ese *nosotros* criollo. Un ensayo como "La utopía de América" (1925) de Pedro Henríquez Ureña revela esa reorientación que nuevamente reiventa a América y le dota de otros orígenes, tradiciones y destinos. Ante un auditorio mexicano se pregunta:

¿Y cómo se concilia esta utopía, destinada a favorecer la definitiva aparición del hombre universal, con el nacionalismo antes predicado, nacionalismo de jicaras y poemas, es verdad, pero nacionalismo al fin? No es difícil la conciliación: antes, al contrario, es natural. El hombre universal con que soñamos, a que aspira nuestra América, no será decaído: sabrá gustar de todo, apreciar todos los matices, pero será de su tierra; su tierra, y no la ajena, le dará el gusto intenso de los sabores nativos, y esa será su mejor preparación para gustar de todo lo que tenga sabor genuino, carácter propio.<sup>34</sup>

En esa resolución las armas, la violencia retributiva y re-generadora de los liberales del XIX, se doblegaban ante las letras: la "desnaturalizada madrastra" de Bolívar se reinstalaba como la "madre histórica" en *Insularismo*; el discurso de las ciencias y el progreso daba paso a las voces magisteriales.

<sup>33</sup>Antonio S. Pedreira, *Insularismo* (San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1971) pp. 164 y 171, respectivamente.

<sup>34</sup>"La utopía de América" (México: Cuadernos de Cultura Latinoamericana, UNAM, 1978), p. 11.



Ariel se impuso sobre Calibán y la barbarie se tragó a la civilización. Invertido su signo se enfrentaría al nuevo escudo de los letrados: la cultura. Otros ensayos reescribían a América.